



**Edmundo d' Amicis:**

# El asilo

## Frontera del silencio

*Al margen de los días, solitario  
de albos tan nocturnos,  
desviste el hombre y cumple su pálida condena.  
Un río va mojando  
su nombre, y una sombra de otro tiempo  
ilumina la sed enamorada  
que beberan los labios,  
una voz delirante le golpea  
el corazón cansado y un adlós  
se escribe en el umbral  
antiguo de su lengua.  
Afla el hombre  
la memoria, el enigma  
de ser  
olvidada la palabra, interminable  
pregunta que el destino no contesta.  
Siente los ojos fríos, esquiva la mirada  
entre las cuatro esquinas que atraviesan  
una y otra estación  
el silente conjuro de la vida.*

*Lo que un día fue verbo es abismo, ceguera  
de un paisaje finito, gesto tenue  
que anhela el paraíso que se acuesta en sus párpados.  
Oculto en su guarida, con los dedos  
vencidos por la nada, aguarda el hombre  
un reflejo fugaz, un espejismo  
del color de las almas, un lugar  
donde hacer del sosiego  
cántico que seduzca para siempre las letras de su sangre.  
No cede la esperanza de abrir de par en par  
las puertas de su celda más sombría:  
de conjugar despacio  
el secreto misterioso de su grito imposible,  
de recorrer las tierras y las aguas  
que una vez fueron suyas.  
Y sabe el hombre que la soledad  
es tan sólo una tregua,  
un incierto camino, un instante futuro,  
una lluvia tenaz que se vuelve clamor  
al hilo del recuerdo. Allí, frente a los límites  
que sellan sus errores, va trazando  
-con las manos colmadas  
de duelos y de ausencias- el perfil  
de su químera.*

*Más se toman silencio sus latidos.*

*Y aún después, intenta el hombre  
saber del inasible  
eco de su penumbra, de sus sílabas,  
del milagro desierto de su boca.*

**Jorge de Arco. (1967 - Madrid). Con su poema Frontera del Silencio, ha ganado el certamen internacional Villa de Aoiz, convocado por el Grupo de Cultura Bilaketa.**



Martes, 4

Según me habría prometido, mi madre me llevó ayer por la tarde al asilo infantil de la avenida Valdocco, para recomendar a la directora una hermanita menor de Precusa. Yo no había visto nunca un asilo y esa visita fue para mí muy divertida.

Entre niños y niñas eran unos doscientos, pero tan pequeños que nuestros chiquitines de primer grado inferior habrían resultado hombretones a su lado. Llegamos en el momento preciso en que entraban en fila en el comedor, en el que había dos larguísimas mesas con muchos agujeros redondos y encajados en cada uno un tazón de barro oscuro, lleno de arroz y porotos; al lado una cuchara de estaño. Al entrar, algunos se caían, y allí se quedaban tendidos hasta que alguna maestra acudía a levantarlos. Algunos se quedaban plantados frente a un tazón, creyendo que aquél fuese su puesto, y, por si acaso, rápidamente engullían una cucharada; llegaba una maestra que les gritaba: "Sigan, sigan...", y ellos seguían tres o cuatro pasos, y, ¡zas!, otra cucharada; de nuevo se escuchaba la voz de "sigan", y seguían hasta que llegaban al lugar que les estaba señalado, pero después de haberse comido una media ración, o algo más, de los otros.

Por fin, a fuerza de llevarlos a remolque, de gritarles en todos los tonos: "Arréglense; apúrense", lograron ponerlos en orden y comenzaron las plegarias. Pero los que estaban en las dos hileras centrales y que para

rezar tenían que volver la cabeza hacia adentro, para no perder la vista y evitar que algunos se distrajeran, rezaban, con las manos juntas, pero con el corazón en el aire.

Una vez terminado el rezar, se repartieron las cucharas; otro se llevaba una y se las guardaba para el cambio, se las echaban a perder para hacer un ruido, se quedaban sin comer, algunos, con la boca llena de arroz, alrededor una abundante cantidad de un gallinero; pero era un bonito aspecto.

Las dos hileras de niños, con los moños rojos, tenían un bonito aspecto.

Una maestra preguntó:

-¿Dónde nace el arroz?

Las ocho abrieron sus bocas cantando a coro:

-El arroz na-ce en el campo.

La maestra ordenó:

-¡Arriba las manos!

Y fue un gracioso espectáculo ver aquellos bracitos, que por estar entre los pañales, y agitados por las pequeñas, que parecían rosadas.

Después salieron al comedor, donde había muchas cestas que contenían diferentes cosas, como pan, ciruelas cocidas, un pedacito de queso, garbanos, un ala de pollo. En cada una había migajitas y como si se hubieran espasado de pájaros. Comían como los conejos, como los cerdos, royendo, lamiendo, chupando, había apoyado en el pecho un nispero frotaba en la espalda; varias niñas tenían guardaban en sus puñitos los dedos se deslizaba el arroz, muñecas y se iba a perder por sus delantales, sin que ellas se dieran cuenta. Corrían y se perseguían por el comedor, comiendo pan entre los dientes, como si con un palito estuvieran cocido, creyendo que iban a perderlo, así fueron desparramando el arroz, pero después los recogieron con admirable paciencia, como si tenían algo especial que hacer, veían rodeados por otros